

HERNAN

LARRAIN

PINTURAS

HERNAN LARRAIN

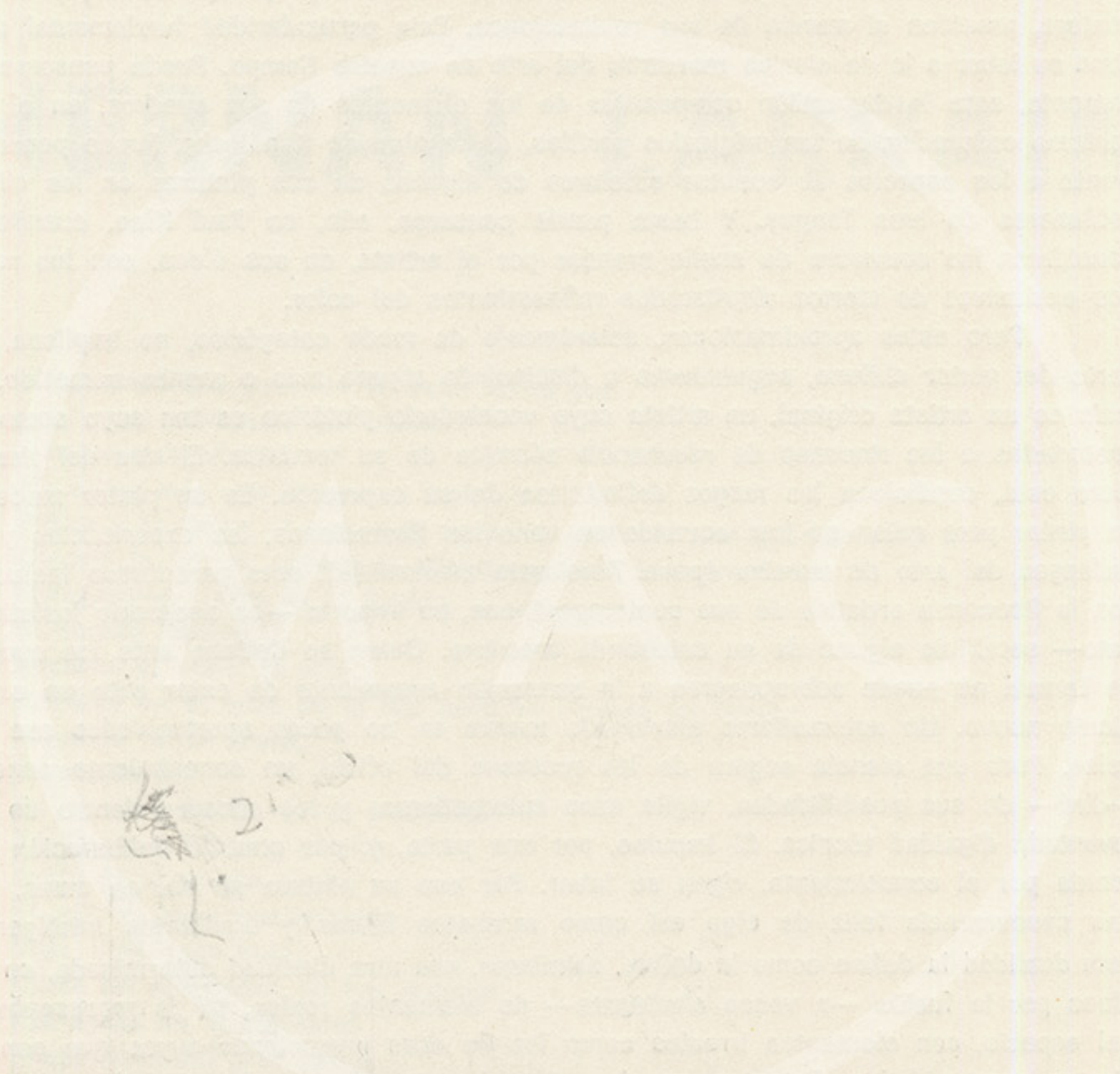
- 1 Crepúsculo que precede al Valle de la Luz.
- 2 Las aguas profundas del olvido.
- 3 Camino al sendero.
- 4 No mires más que lo que es invisible.
- 5 Pídele a la tierra, al aire y al agua los secretos que guardan para ti.
- 6 Cuando la flor se abre y el silencio sucede a la tormenta.
- 7 Halagadoras voces de la ilusión.
- 8 El sonido interno.
- 9 Escucha el canto de vida.
- 10 Entrarás en el seno de la luz, pero no tocarás su llama.
- 11 Viviendo en el ahora.
- 12 Renunciación.
- 13 En la tranquila luz de su esplendor.
- 14 Tú llenas la tierra y el aire.
- 15 Surjo de la serena noche.
- 16 El velo se hace transparente.
- 17 Vida, Vida, más Vida.
- 18 Cruzo las soledades, de los mundos.
- 19 Las aguas de la Eternidad.
- 20 Fragmentos del gran canto.
- 21 Nada se ha inventado que no sea verdadero en este mundo o en los otros.
- 22 Lo que es tangible sobre fondo impalpable.
- 23 Todo signo expresa un pensamiento, lo invisible está en lo visible.
- 24 Cruzo las soledades de los mundos.
- 25 En la naturaleza... infinitos secretos, pocos se pueden leer.
- 26 Separados por la especie, espacio y tiempo.
- 27 Buscando se encuentran secretos que no se buscaban.
- 28 Toda idea infanta una imagen y las formas son un lenguaje.
- 29 Desencarnación.
- 30 Ciclo de un mundo.

La necesidad de situar es una consecuencia de la necesidad de comprender. Esta exigencia del espíritu nos impone, ante la obra de Hernán Larraín, una caracterización esclarecedora de sus esencias. Esa obra es ante todo —lo afirmamos por eso— de fundamentación onírica. El sueño, la fantasía, una atrevida y vigorosa capacidad inventora, presiden el mundo de sus realizaciones. Esta particularidad fundamental aproxima su labor a la de ciertos maestros del arte de nuestro tiempo. Puede pensarse vagamente, ante la dispersión compositiva de los elementos de sus cuadros, en el mecanismo ordenador, de tan originales perfiles, de la obra de Kandinsky. Puede pensarse, frente a los espacios de acentos estelares de algunas de sus pinturas en los climas sublunares de Ives Tanguy. Y hasta puede pensarse, aún, en Paul Klee, cuando se consideran las comarcas de sueño creadas por el artista, en sus óleos, con los recursos exclusivos de ciertos alquitarados refinamientos del color.

Pero estas aproximaciones, aclarémoslo de modo categórico, no implican, por parte del pintor chileno, seguimiento o discipulado alguno más o menos sometido. Larraín es un artista original, un artista cuyo vocabulario pictórico es tan suyo como las vastedades o los rincones de resonancia cósmica de su temática. El aire del tiempo, claro está, condiciona los rasgos definitorios de su expresión. Es un pintor moderno, un pintor para quien no han ocurrido en vano las liberaciones, las experiencias y los hallazgos del arte de nuestra época. Pero esta modernidad, este parentesco ineludible con la fisonomía artística de sus contemporáneos, no importa —es necesario insistir en ésto— sacrificio alguno de su autonomía creadora. Quien se detiene ante los cuadros de Larraín no puede sobreponerse a la sensación avasallante de estar ante un espectáculo nuevo. Un automatismo afortunado mueve en no pocas oportunidades sus pinceles. Pero una ciencia segura de los recursos del oficio, un conocimiento sensible —diré— de sus posibilidades, vigila esos automatismos y los encauza dentro de una levantada dignidad técnica. El impulso, por una parte, y, por otra, la deliberación sostenida por el conocimiento, rigen su labor. Por eso su pintura no es, en suma, sino una concurrencia feliz de algo así como arrebatos líricos y equilibrios inteligentes. Esta dualidad la define como la define, asimismo, esa otra dualidad determinada, en sus óleos por la fusión —a veces alucinante— de elementos reales, tal la representación del espacio, con elementos irreales como los de esas invenciones suyas que son, en ciertas oportunidades, flotantes manchas de color; en otras, bellos arabescos lineales de apacible o enérgico movimiento y, en otras, aún, estallidos cromáticos de intensa luminosidad que hacen pensar en deslumbrantes eclosiones estelares.

De lo que dejo dicho se desprende, tal vez de manera bastante explícita, una conclusión que desearía terminante: la de la calificada originalidad de este valioso pintor chileno. Su exposición entre nosotros no puede considerarse sino como la oportunidad de considerar una obra en que la modernidad y la autenticidad del espíritu se unen a la dignidad estética y técnica de la expresión.

Córdova Iturburu



210



**SALA DE EXPOSICIONES
UNIVERSIDAD DE CHILE**

7 Noviembre - 25 Noviembre 1967